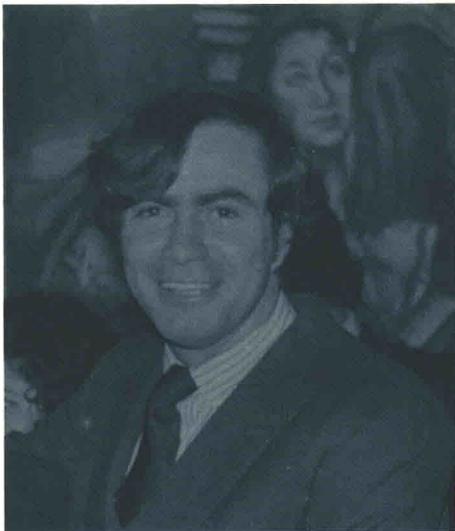


del medioevo, ofreciendo recitales en diferentes escenarios de México y del extranjero.

Mas, por encima de todo este impresionante despliegue de actividades, hay que exaltar sus dotes excepcionales para la docencia, gracias a las cuales resultó ser una maestra fuera de serie.

Quien asistía a sus clases quedaba como hechizado por esa magia que ella sabía crear con sus ademanes, sus gestos, las modulaciones de su voz –producto todo de su bagaje artístico– y, por otra parte, por el contenido erudito de su exposición, siempre precisa, siempre pronta a la anécdota chusca, a la composición esclarecedora, resultado, esto último, de su sólida formación académica.

Teresa E. Rohde, como verdadera artista de la cátedra, contará por siempre con el aplauso agradecido de sus alumnos.



Javier Esquivel

Álvaro Rodríguez Tirado

Ofrecer una semblanza de Javier Esquivel, aunque sólo sea en unas cuantas líneas, me obliga a hacerlo desde la perspectiva múltiple en la que, por fortuna, tuve el enorme privilegio de interactuar con él: puedo, así, referirme a Javier el amigo, el maestro, el alumno y, sobre todas las cosas, el “colega” Esquivel.

Conocí a Javier Esquivel en el año 1973. Regresaba él de su viaje de estudios en Inglaterra y Alemania, y se incorporaba al Seminario de filosofía del derecho, que a la sazón dirigía el maestro Rafael Preciado Hernández. Bajo la batuta de Agustín Pérez Carrillo y del propio Esquivel, un grupo de desconcertados alumnos nos proponíamos desentrañar los misterios de la teoría pura del derecho.

Mi primera impresión de Esquivel fue inolvidable: noté que su texto de Kelsen, a diferencia del nuestro, era la versión original del alemán. Con el delicioso timbre de su voz que lo acompañó toda su vida, nos dijo: “A ver, colegas, vamos a repartirnos el material de trabajo. ¿Quién quiere exponer el prólogo del libro?”. Me ofrecí a hacerlo para nuestra próxima reunión, sin tener la más mínima idea del terreno que estaba pisando.

Cuando yo expuse, es decir, cuando repetí lo dicho por Kelsen en el primer párrafo de su prólogo a la *Teoría general del Estado*, Javier Esqui-

vel me detuvo: —“Éso es lo que dice Kelsen, pero ¿cómo lo entiende usted?”.

Confieso no haber comprendido lo que se me preguntaba. Acababa yo de repetir de memoria lo dicho por Kelsen y, al cotejar el texto, me convencí que había producido *verbatim* las palabras del autor de la teoría pura del derecho. ¿Cómo, entonces, podría haber fallado? Poco a poco entendí lo que se me estaba pidiendo: la idea era poner el pensamiento kelseniano en mis propias palabras, relacionar los conceptos ahí vertidos con otros que fuesen relevantes, sacar a la luz sus relaciones lógicas: en pocas palabras, se me pedía que ofreciera argumentos y razones para defender mi propia interpretación. En síntesis, Esquivel nos exigía que empezáramos a hacer filosofía.

Como maestro, no es difícil convencerse de la profunda huella que dejó en nosotros. Con Esquivel invariablemente se discutía, se intercambiaban opiniones y razones sobre los temas más diversos, no necesariamente de filosofía. Esquivel exigía que justificáramos nuestras creencias y acciones con argumentos y gustaba sobremanera llevar la discusión hasta sus últimas consecuencias. Todo tenía cabida menos una posición dogmática. En el contexto de la Facultad de Derecho, esta actitud en la que se exaltaba la razón resultaba por demás fresca y reconfortante; en el contexto de nuestras vidas personales, el que Esquivel la adoptara en relación *con su propia vida* la hacía particularmente atractiva, toda vez que la practicaba en forma despiadada y sin miramientos ni reverencias a nada ni nadie. Para Esquivel, al menos en esa etapa de su vida, el diario quehacer se traducía en una eterna búsqueda de la Verdad, así, con mayúscula. Ésa era su religión y ése su compromiso.

No quisiera, sin embargo, dar la impresión que Esquivel era una persona solemne o acartonada. Nada más lejos de la verdad. Si algo poseía Esquivel, en una dosis muy generosa, era un sentido del humor verdaderamente extraordinario. Me atrevería a decir que nada escapaba a sus ironías y sarcasmo, incluido él mismo. Recuerdo comentar con él, no hace muchos años, lo devastador que habían resultado los temblores de 1985. “Lo que yo hubiera hecho —sugirió Esquivel— sería sentarme cómodamente a leer un libro de Aristóteles”. —“¿Cómo?” —repliqué yo. —“Sí, colega, imagínate la vulgaridad del espectáculo si los perros encontraran mi cadáver en una posición que delataba mi terror al no encontrar las pantuflas para salir corriendo”.

Además de la filosofía, Esquivel no tenía otros intereses realmente fundamentales. Gozaba, naturalmente, de la buena música y la buena literatura pero ni la una ni la otra llegaron a ocupar un lugar preponderante en su vida. Cuando dejó por completo la filosofía, al menos en el plano profesional, su interés total se centró en la psicología, la religión y la mística, aunque llevó a cabo algunas incursiones serias en el

terreno de la ecología, llegando incluso a escribir un libro con su amigo y mentor, Armando Morones, sobre la problemática de Laguna Verde. En las postrimerías de su vida, Esquivel se atormentaba terriblemente por lo ineficaz de su lucha ante la acelerada depredación de la flora y fauna de nuestro planeta, las nefastas consecuencias en la capa de ozono y las posibilidades de un holocausto nuclear. Todo ello contribuyó, sensiblemente, a una gran frustración que devino con el tiempo en cierta amargura de su carácter que le resultaba difícil de esconder en sus últimos años.

Durante toda su vida, Esquivel abrigó un gran culto por la personalidad de “los grandes hombres”. Un recuento de quienes integraban, desde su perspectiva, esta lista, nos daría el trazo de lo que fue su vida, los cambios que sufrió en su vocación y en su estructura psicológica profunda: los clásicos de la filosofía pero, fundamentalmente, Platón, Kant, Russell y Wittgenstein fueron algunos puntos de referencia inevitables en su vida profesional como filósofo. Aunque nunca los eliminó por completo, otras figuras se incorporaron a la lista y tuvieron en él una influencia notable, sobre todo a partir de que decidió, de nuevo, vivir en Alemania, animado por sus exploraciones en la psicología, la religión y la mística. Éstas son: Sócrates, Jesucristo, Buda, san Juan de la Cruz, Bagwan, Krishna Murti, Freud, Jung y Janov.

Puedo decir, sin temor a equivocarme, que la actitud de Javier Esquivel ante la vida fue *siempre* una actitud *religiosa*. Tuve permanentemente la impresión que Esquivel cargaba con un sentimiento de culpa mayor al común de los mortales. Se sentía muy cerca de Wittgenstein cuando, a la pregunta de Russell sobre si se encontraba pensando en los problemas de la lógica o en sus pecados, Wittgenstein contestó, con la intensidad que le era característica, que en ambas cosas. Esquivel también, a su nivel y a su manera, siempre pensaba en sus pecados.

Esto fue lo que, en mi opinión, lo llevó de una manera un tanto natural a acercarse a la religión y la mística. El móvil para incursionar en la psicología no lo constituía un afán teórico sino, más bien, el intenso deseo de someterse a una exploración que lo condujera a descubrir los más íntimos —y dolorosos— resortes de su conducta. Durante sus últimos años, Javier Esquivel se embarcó en este solitario camino, hasta que la muerte lo sorprendió en 1992. Deja una hija, Leonora Esquivel Frías.

A lo largo de su vida, Javier Esquivel logró granjearse el respeto y el cariño de mucha gente. Sus amigas y amigos coincidimos en pensar que la vida de Esquivel fue una vida rica, entregada con gran valor a la causa de sus ideales, aunque éstos sufrieron cambios radicales en el camino. Con todo, su vida fue una vida plena y, sobre todo, una vida honesta. A pesar de no coincidir con él en todo momento sobre cuál es la vida que vale la pena vivirse, no tengo duda que su temprana muerte

nos corta de tajo la oportunidad, a quienes fuimos sus amigos, de aprender más de nosotros mismos; de conocernos mejor al ver reflejadas nuestras vidas en la conciencia de un hombre que supo vivir intensamente con valor y honestidad.



Alberto de Ezcurdia.

Alberto de Ezcurdia

José Ignacio Palencia

El maestro Alberto de Ezcurdia e Híjar y Haro, para todos fray Alberto, vino a nuestra Facultad a pasar años difíciles, en su vida y en la nuestra.

Nacido en Guanajuato, Guanajuato, el 16 de enero de 1917, estudió en la ciudad de México en la escuela de los hermanos maristas y obtuvo su bachillerato, por examen, en la Escuela Nacional Preparatoria; realizó estudios en la Escuela Libre de Derecho y en la Universidad Pontificia de San Esteban, en Salamanca (España), dentro ya de la orden de predicadores; en ésta obtuvo los grados de licenciado y lector en Teología, y en la Central de Madrid los de licenciado y maestro en Filosofía. En la Sorbona, en París, siguió los cursos de G. Bachelard, G. Goussier y R. Garrigou Lagrange, entre otros, y trabajó en los comentarios y traducción de la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino. Ya en México fue laureado con las Palmas Académicas de Francia.

El doctor Héctor González Uribe, director de la Facultad de Filosofía de la Universidad Iberoamericana, presenta al maestro Ezcurdia con el doctor Francisco Larroyo, en carta del 8 de noviembre de 1961: hace cinco años presta sus servicios en la Facultad en la que imparte o ha impartido Filosofía de la ciencia, Lógica, y Filosofía de la matemática. El Consejo Técnico de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, aprueba su nombramiento como profesor el 19 de enero de 1962 en sustitución de Xavier Icaza; él afirma tener ya, en esas fechas, cuatrocientas cuartillas redactadas de un libro en preparación, consistente en lecciones de filosofía de las ciencias y que, conforme con su proyecto, abarcaría hasta Wittgenstein.

En 1963 se amplía su nombramiento con el Seminario de filosofía tomista, por el fallecimiento del doctor Gallegos Rocafull. En 1964 solicita Tiempo completo ya que —dijo—, “no percibo otros emolumentos que los que por estas cátedras devengo”. En 1965 se le concede el Tiempo parcial “B”; en 1968, el Tiempo completo; en 1969 la promoción de Tiempo completo “B” a Tiempo completo “A”.